

TOLEDO

fuera de ruta



Descendemos por escaleras de caracol al subsuelo toledano, atravesamos recintos antaño de clausura... Un patrimonio oculto que descubrimos en un itinerario alternativo por la ciudad alzada sobre el meandro del Tajo.

Texto de María Escribano Fotografías del Consorcio de Toledo y agencias

Bajo uno de los cobertizos que enlazan las alturas de las calles toledanas, leemos el texto de la placa que acredita que “la ciudad histórica de Toledo fue incluida en la Lista de Patrimonio Mundial en la sesión celebrada en París el 26 de noviembre de 1986”. Nos recuerda que estamos pisando Toledo en el 40 aniversario de dicha inclusión, una Toledo depositaria de más de dos milenios de historia, en los que dejaron su huella las culturas carpetana, romana, visigoda, islámica, judía y cristiana. A esta conmemoración se suma otro hito: el oc-

tavo centenario de su catedral. Dos efemérides que bastarían para justificar una visita a la ciudad este año y, sin embargo, no son las únicas razones. Más allá de los recorridos por los iconos más universales de Toledo, os proponemos una ruta alternativa en busca del patrimonio más desconocido, menos evidente.

La hacemos de la mano del Consorcio de Toledo, la institución encargada de la gestión integral, recuperación y revitalización del casco histórico y que también está de aniversario, celebra su 25 cumpleaños. Su nacimiento, de hecho, está ligado a esa declaración de Toledo como Patrimonio de la Humanidad, que puso sobre la mesa la necesidad de frenar su deterioro arquitectónico y el despoblamiento del centro. Hoy, muchas de las viviendas, comercios, conventos, monumentos, yacimientos arqueológicos y hasta callejones que han pasado por sus manos y llevaban años —incluso siglos— ocultos o cerrados forman parte de sus Rutas de Patrimonio Desconocido. Estas muestran desde 2004 gratuitamente y con guía estos rincones únicos restaurados, rehabilitados y puestos en valor por el Consorcio (se pueden reservar en: termas@consorciotoledo.com), incluidos también en un programa inédito



de aperturas que el Consorcio ha hecho este año para celebrar su efeméride. Vamos a descubrir algunos de ellos.

Alzando la mirada

A escasos metros de la Puerta del Cambrón nos abren otra puerta, la del Convento de las carmelitas descalzas de San José. Accedemos a través de su bello jardín a sus estancias marcadas por el recogimiento y ascendemos hasta la tercera planta, donde han restaurado sus bóvedas encamonadas (unas bóvedas *fingidas* de carpintería y yeso muy típicas en el Barroco) y construido nuevas escaleras y ascensores. Uno de los lugares más especiales es la capilla ochavada del palacio de Fernando de la Cerda, integrado en el convento. Entramos en ella pisando su suelo cerámico y, alzando la mirada, descubrimos una de las ventanas desde la que, nos cuentan, escuchaba misa santa Teresa de Jesús.

Dejamos atrás el cobertizo de las Doncellas (uno de los tantos restaurados por el Consorcio) y alcanzamos la plaza del Salvador. Allí, levantando una de las puertas metálicas de lo que parece el respiradero de un aparcamiento, y ante las caras de sorpresa del personal, nos internamos en el subsuelo toledano en busca del

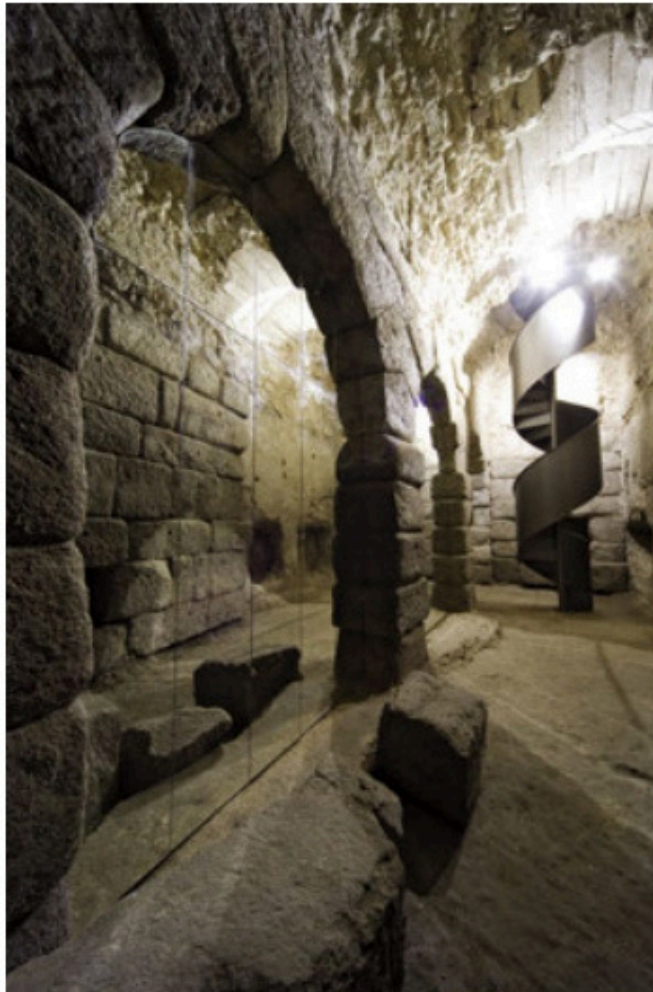
medieval Pozo del Salvador, descubierto en 2002. Este espacio, compuesto por dos estancias abovedadas que funcionaron como pozo y aljibe para recoger el agua de lluvia, nos habla del importante patrimonio arqueológico hidráulico toledano.

Avanzamos unos pasos hasta la calle de la Ciudad, número 17, donde sobre la entrada de una tienda de regalos se desvela una de las fachadas más bellas de la urbe, con la portada gótica del antiguo Palacio de los Toledo, del siglo XIV. Observando su mirador con tres arcos en la parte superior, el arquitecto Jesús Corroto, gerente del Consorcio, nos recuerda que “en Toledo no solo hay que mirar hacia abajo, ¡hay que mirar hacia arriba!”.

Comprobamos que ambos conceptos dialogan continuamente en la ciudad al contemplar el reflejo de la catedral en la fuente de Cristina Iglesias, en plena plaza del Ayuntamiento. Tras el refrescante juego visual, ponemos rumbo a la calle Granada para echar un vistazo a la rehabilitación de una de esas viviendas que intentan fijar población en el casco histórico. Vemos el artesonado policromado del siglo XVI que van a conservar en los techos y empezamos a entender esa idea de rehabilitar dejando a la vista las distintas capas históricas de los edificios, uno de los

»»

Cuevas de Hércules (© José María Moreno Santiago), vivienda restaurada por el Consorcio de Toledo en la calle San Miguel, vista aérea del Corral de don Diego, con el Salón Rico a la izquierda, y claustro de la Mona del Convento de las Comendadoras de Santiago.



emblemas del Consorcio. Se trata de convivir con el patrimonio, nos inciden, de intervenir lo justo para que siga expresándose por sí mismo y, a la vez, incorporar a cada proyecto los principios de la Nueva Bauhaus Europea: belleza, sostenibilidad e inclusión.

La ciudad recogida

Hoy apenas perviven unos 13 conventos activos en Toledo de los más de 40 que llegó a albergar. Dos de ellos nos aguardan en el camino: Santa Clara y el de las Comendadoras de Santiago.

Nos detenemos en el zaguán de entrada a la iglesia del convento de Santa Clara, un espacio que en otro tiempo fue calle, donde se encontraron un pozo, pavimentos de cerámica del siglo XVI y hasta una glosa anónima del mismo siglo enterrada junto a restos óseos en un agujero de la pared (y que repite los versos “Siempre al amor cobarde / le llega el remedio tarde”). Dentro de este convento con 700 años de historia, formado por un mosaico de propiedades yuxtapuestas (entre ellas, la antigua casa islámica del alfaquí Hamete Xarrafí), nos detenemos en la iglesia, cuya Capilla Mayor conserva la huella del hijo de El Greco (Jorge Manuel Theotocópuli) y de su mejor discípulo (Luis Tristán). También pervive la huella de las infantas doña Inés e Isabel, hijas ilegítimas de Enrique II de Castilla, que fueron abadesas del convento y custodias nocturnas de las llaves de la ciudad. Seguimos el recorrido por el coro, atravesamos sus dos claustros (el

de los Laureles y el de los Naranjos) y nos detenemos en las salas Capitular y De Profundis, con bellos arcos de herradura, yeserías, artesonados... Rumbo a la Sala de Labor, nos indican que caminamos sobre el Cobertizo de Santo Domingo el Real, que enlaza varias dependencias del convento; de ahí que muchos consideren que el cobertizo debería llamarse de Santa Clara. En esta estancia se celebran muchas de las actividades que organiza la Asociación de Amigos de los Conventos de Toledo y a las que estamos deseando apuntarnos: talleres de ganchillo, de encuadernación, repostería... Abandonamos el convento escoltados por una hilera de aspidistras, la resiliente planta por excelencia de los patios toledanos, y caminamos ahora sí bajo el Cobertizo de Santo Domingo sobre el que andábamos hace unos minutos. Nos dirigimos al Convento de las Comendadoras de Santiago. Paseando por su claustro, Soledad Sánchez-Chiquito, directora de Gestión Patrimonial del Consorcio, nos enseña la restauración de los azulejos que revestían las paredes y nos explica que muchos fueron recuperados gracias a que las comendadoras recogían cada fragmento de cerámica desprendida y lo guardaban en cajas de frutas. En este lugar es posible reservar para comer en grupos de más de 20 personas y también, comprar los dulces artesanos que salen de su obrador.

Cinco minutos después, alcanzamos el callejón de San Ginés, donde se encuentran las Cuevas de Hércules. Con un pasado co-



El conjunto termal de la plaza Amador de los Ríos y su entorno muestran al visitante la relevancia que tuvo el Toletum romano

mo posible ermita visigoda, mezquita, templo cristiano, casa particular y hasta refugio durante la Guerra Civil, a principios del siglo XXI descubrieron en su subsuelo un depósito de agua para abastecer la ciudad, que formaba parte de la red hidráulica del Toletum del siglo I, la ciudad romana cuya magnitud se va revelando gracias a estos hallazgos.

Avanzamos hasta la plaza Amador de los Ríos para seguir sumergiéndonos hasta seis metros de profundidad en el paisaje subterráneo romano y descubrir todos los espacios que hoy albergan restos del gran complejo termal imperial que se distribuía por unos 3.000 m² en esta zona. Entramos en el Oratorio de San Felipe Neri, hoy un activo espacio cultural y único vestigio en pie tras el derribo de la iglesia de San Juan Bautista. En sus bajos, en los de otras viviendas colindantes y hasta en una heladería emer-

gen fragmentos de aquel pasado: restos del *frigidarium* (las piscinas de agua fría), la escultura de un sátiro danzante (el conocido como Efebo de Toledo, cuyo original está hoy en el Museo de Santa Cruz) y una galería de servicio (por debajo de las termas, desde donde los esclavos las calentaban y limpiaban).

Concluimos la ruta en un nuevo espacio público diseñado en la ciudad con la colaboración vecinal. Lo que albergaba en su día un taller mecánico abandonado es hoy una nueva plaza pública con graderío para espectáculos y a la que se adosan cinco viviendas en alquiler para jóvenes, dos locales comerciales y un nuevo eje peatonal (se podría decir que Toledo ha ganado una nueva calle en el siglo XXI). Estamos en el Corral de don Diego. En él, sobresale el Salón Rico. Esta *qubba* de origen almohade es Bien de Interés Cultural. De la riqueza del espacio hablan los restos de yesería de motivos geométricos y florales en el dintel de su puerta y su ochavado techo artesonado, una refinada muestra de carpintería de armar que parece haber nacido aquí, en Toledo. Durante la restauración de este artesonado mudéjar, se identificaron cuatro escudos heráldicos del siglo XIV, pertenecientes a una misma familia marcada por las guerras luso-castellanas de dicho siglo. Hoy, recuerdos más amables se sumarán a la historia de esta manzana entera del casco histórico recuperada para la ciudadanía, como los mercados gastronómicos, los conciertos de jazz o las ferias del libro que la llenan de vida. 🍷